

Nuestra mejor calle

¡QUE MUSEO, SEÑOR!

¿Recuerdan mis lectores aquellos artículos nuestros escritos hace escasos meses fundados en los rumores de cambios o permutas entre los locales del Casino y el domicilio, en Lorca de la Confederación del Seguro? Bueno, pues todo aquello fué una fantasía de primavera, un rumor grato como el de los céfiros en la rosaleda, que diría un poeta del siglo pasado.

El Casino cuya resurrección era presentida por todos está condenado a ser una eterna momia. Y menos mal si llega al estado de petrificación porque en ese caso lo conservarían nuestros sucesores como joya arqueológica y algo es algo. Un valor es, al fin y al cabo.

La Confederación no deja la vieja y destaralada casona del desaparecido Sindicato de Riegos. Ahí continuará viviendo como las grullas, en un pie, porque no tiene espacio donde colocar el otro. Pero hay que respetar la tradición y resignarse, porque como dijo el gran Blasco Ibañez, «Los muertos mandan». La grua más potente no resistiría el tirón de nuestros antecesores desde sus tumbas. ¡Cuánto habría ganado la calle de Canalejas con la instalación del Casino en ella, y cuán admirablemente se habría instalado la Confederación en el magnífico y amplio local del Casino! ¡Qué cambio, más beneficioso para una y otra entidad, y qué mejora tan importante para la mejor vía pública de Lorca!

Lo dicho; fue una fantasía primaveral que creímos realizable los... «primaveras», quiero decir los crédulos, los que queriendo hondamente

te, a nuestro país, acojemos, jubilosos toda idea que lo beneficie o mejore sea en el sentido que quiera.

Pero en fin, no se ha perdido todo según parece o según se ve, mejor dicho. Al cabo de los años, la faz vetusta, rugosa y desconchada del edificio del Sindicato de Riegos, la vamos a ver remozada, con nueva carátula o... carantamula, porque podrá blanqueársele la faz, pero cambiarle el gesto, ¡cualquiera se lo cambia!

Antes de la feliz ocurrencia de colocarle esos balcones-terrazas, de un orden arquitectónico que sin duda está por nacer, ese edificio hubiera podido servir de modelo en cualquiera de las calles del «Pueblo Español» de la Exposición de Barcelona, pero después de colocarle esos balconcitos tan... originales a la fachada y una vez vestida de blanco. ¿quién demonios averigua a que época pertenece ese caserón?

Hoy se ve claramente que a una casa de viejo estilo, un capricho arbitrario, de gusto pésimo, le ha colocado unos balcones estrafalarios. La fachada muestra su vejez; los balcones su novísima «creación». Pero cuando todo esté enfucido, ¿qué dirá esa fachada a los ojos del viajero curioso?

¡Qué museo va a constituir la acera izquierda de esa calle! La magnífica y modernísima fachada del Banco Hispano-Americano; después la remozada, estrambótica y rara del Sindicato; más allá el carcomido, feo, viejo y antipático caserón que linda con el Club...

¡Qué museo, Señor, qué museo!

JUAN DEL PUEBLO

PARA «LA TARDE»

RECUERDOS DEL TIEMPO VIEJO

Los chulos de Madrid

Deslizábanse los últimos meses del 85. Ese año había sido abundante aunque no próspero en acontecimientos. Empezó con lo de las Carolinas, suceso que provocó un conflicto que dió lugar a que el pueblo de Madrid se amotinase e insultara la Embajada alemana, llegando a apedrear su escudo. Las consecuencias fueron las de que, tras laboriosas negociaciones, hubiera que ceder el Gobierno de Cánovas del Castillo que ocupaba el Poder entonces, dichas Islas en favor de Alemania.

Siguió a esto el atropello de la Universidad con el apaleamiento de los estudiantes por fuerzas de policía que mandaba el coronel Oliver, siendo Gobernador civil de Madrid, el que fué más tarde Presidente del Consejo de Ministros, don Raimun-

do Fernández Villaverde. A renglón seguido, el cólera, cuyos primeros casos se registraron en la provincia de Valencia y que se enseñoreó en toda España aquel verano, produciendo horribles estragos, especialmente en Granada, Almería, Murcia, Alicante, Valencia y ante todo en Aranjuez, donde la mortandad alcanzó la mayor cifra.

Por último, o sea como complemento, aconteció la muerte del rey don Alfonso XII, en el Pardo, en los últimos días de Noviembre; cuyo entierro presenciábamos venciendo insuperables dificultades para colocarnos, por la enorme aglomeración, desde la Plaza de Oriente.

Por entonces hicimos nuestra aparición en Madrid, matriculándonos en la Facultad de Derecho de la Universidad Central. No fiándose por nuestra escasa edad y falta de hábito de viajar, de encaminarnos solos, el autor de mis días, nos acompañó hasta la Corte. Nos hospedamos donde él, desde hacia ya mucho tiempo, acostumbraba a parar, en el Hotel de Oriente, antiguo Hotel Americano, Arenal 4.

Mi padre que tenía antiguos conocimientos e íntimas relaciones con los dueños del Hotel, tras de haber permanecido a nuestro lado más de un mes, cuando ya se percató, de que podíamos «andar solos», decidió marcharse dejándonos instalados allí con encargo expreso a sus amigos los dueños del Hotel de que le escribiesen de vez en cuando, notificándole nuestra conducta.

No por nuestra posición económica que aunque modesta no era brillante, sino por lo extremado que para nosotros era nuestro padre, ello nos permitía vivir de estudiantes en un Hotel y no de los menos acreditados.

El trato ya íntimo con otros estudiantes y la pena del Suizo, nos hicieron cambiar de rumbo. Tras de insistentes solicitudes convencimos por fin al autor de nuestros días y cambiamos de domicilio. Era desde luego más cómodo, más independiente y desahogado para nosotros, vivir aunque menos lujosamente en una Casa de huéspedes, entre amigos y compañeros de estudios, a nuestras anchuras, a nuestro libre albedrío, que no vigilado en un Hotel, entre gente seria y extraña y ante todo cosmopolita. Recordamos que nos fuimos a vivir con uno de nuestros más íntimos de la referida «peña» del Suizo, con Pepe Cuenca y Fernández, a la calle de las Infantas, 22, una modesta—aunque no muy modesta entonces—Casa de huéspedes, donde pasamos lo mejor de nuestra juventud, en compañía,

entre otros, de López Ballesteros y Pepe Roure.

Madrid era en aquel tiempo lo más hermoso del mundo. Valía más que el Madrid de ahora. Para nosotros, ¡qué duda cabe! era incomparablemente mejor. ¿Que ha ensanchado? ¿Que tiene más población? ¿Que hay más movimiento...? ¿Y qué...? Más hay en Nueva-York y en Londres... Convergamos sin pasiones, que la gracia, la idiosincrasia, la psicología, lo típico, lo clásico de aquel Madrid, no lo ha tenido población alguna en el mundo. Ahora, cuando vamos, a pesar de sus grandes reformas, de su Gran Vía, su Ciudad Lineal, sus grandes Teatros y Cabarets y tantas cosas nuevas más como el «Metro», sentimos honda pena, nos consume la nostalgia de aquella época; lloramos, vertimos amargas lágrimas en recuerdo imperecedero de nuestro Madrid de entonces.

¿Que hay un Fontalba, un teatro del Centro, un Gran Cinema? ¿Y qué? Nada de esto es comparable con las «últimas de Apolo», y el chocolate o la cena entre amigos, después, en Fornos o en el antiguo Café de Madrid, entre Alcalá y San Jerónimo.

En ambos sitios veíanse todas las noches a la salida del teatro, a gran número de periodistas, políticos, literatos, artistas, estudiantes y género femenino que contribuía especialmente a mantener viva la animación. Allí conocimos a los Araus, los Suárez de Figuerola, los Palacios, Andrés Mellado, Jerónimo Béquér y tantos ya desaparecidos y muchos más que han figurado en política, en las alturas, viejos los menos y los demás como los anteriores, fallecidos.

Libres de toda vigilancia, desembarazados, por tanto, de aquella familia del Hotel, que solía, porque no fuésemos solos, acompañarnos muchas veces al teatro; campando ya por «nuestros respetos» dada nuestra escasa edad y tomado nuestro nuevo alojamiento, nada tardamos en «tirarnos al barro» identificando-

nos con la «chulería», con la cual vivíamos eternamente en los barrios bajos, en sus Tabernas—cuando López Silva describía y tomaba para sus sainetes estos tipos—y a altas horas de la noche, después de concurrir como antes decimos al gran Café de Madrid, nos íbamos con alguna chulapa al Imparcial o a Romero, donde lucían sus aptitudes y hacían furor por entonces en el «cante jondo» Juan Breva, el Canario, Chacón, la Cuenca, la Peñaranda, la Gitana, y en la guitarra Paco Lucena, Manolo y otros de no menos reputación y nombradía.

El contacto con la «chulapería», la vida con esta gente en la Taberna, nos produjo más de una vez serios disgustos, teniendo que andar en alguna que otra ocasión a coscorrónes. La casualidad, la suerte, hizo que pegásemos siempre y que nunca nos tocaran. Esto nos dió cierto cartel entre los «chulos»; nos estimuló a la pelea y nos aficionó a contender con ellos por cualquier cosa.

Una noche que salíamos con varios amigos de un teatro, había en la puerta de cierto Café en la calle de Hortaleza, una contienda, un monumental escándalo, que tenía alarmada a la gente que había dentro y retenido a varios transeúntes, sin que la policía lograra restablecer la calma. La cuestión era entre un estudiante y un «chulo», a quien no se podía reducir. Reconocimos al estudiante; era amigo nuestro. Correctamente hubimos de llamarle la atención al «chulo», quien por toda contestación y en la forma más destemplada, nos envió a «freir nabos»...

Ante tamaña incorrección, ante semejante desplante, nosotros que ya nos sabíamos los «chulos» de memoria, la emprendimos contra éste a bofetadas y bastonazos, viéndose tan perdido que salió aullando como una almaña, en medio de la mayor expectación y risotadas del público.

Todo esto acontecía, allá por el ochenta y cinco, cuando yo tenía diez y ocho años y una completa inconsciencia de mis actos.

FRAY CRISPIN

Velez Rubio 1929.

Papel timbrado, sobres, tarjetas, facturas, recibos, memorandos y B. L. M. los hallará usted en la imprenta de este diario.

¿Quiere usted comprar barato?

visite la conocida y acreditadísima

ZAPATERIA VALENCIANA

y encontrará en ella lo más estupendo en calzado para caballeros, señoras y niños a precios completamente económicos.

Artículos de primera calidad fabricados exclusivamente para esta casa a precios sin competencia.

Siempre las últimas novedades

ZORRILLA 1.—LORCA